



AHOGO

AHOGO

Siento que me estoy muriendo y no me quiero morir.

-“La Pared”, Cupido

Era verano, pero la noche nunca se sintió tan fría como aquella vez. Bajo las luces de unas estrellas parpadeantes y una luna más distante de lo normal, el cielo se desplegaba hacia el infinito de una manera terrorífica e indescifrable. A pesar de todo, todavía podía encontrarle belleza a la crueldad de la noche. Era ilógico e incluso irónico, pero en esos momentos no necesitaba ser coherente; puede que nunca lo hubiera sido realmente, puesto que mi vida siempre se había basado en lo absurdo e indefinido.

Odiaba pensar en el hecho de que la noche era libre, mientras que yo me quedaba atrapada en un infierno sin sentido, un infierno lejos de sentirse hogar. Antes, me despertaba cada día pensando en comerme el mundo, pero al final acabó por consumirme a mí. Suspiré. Sin más remedio, cerré la ventana, que estaba abierta de par en par, y corrí las cortinas.

Las imágenes de las noticias de última hora sobre la huida de una joven de 31 años eran lo único que iluminaba mi habitación, un poco desastrada y *muerta*, casi. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que mi vida estaba arruinada, más de lo que me hubiera gustado admitir. Al fin y al cabo, la ruina nunca me dejó sola; en ese momento tampoco lo hizo. Aquel día domingo algo cambió, quizá fui yo o quizá fue él; lo único que sabía con certeza era que nada bueno me iba a traer la visita del desconocido que apareció la mañana siguiente por la ventana de mi apartamento.

...

Mi madre había desaparecido hacía tres meses y medio. Y el cactus de mi habitación no hacía más que marchitarse con el paso de los días, como si supiera que mi madre, probablemente, también lo estaba haciendo: convirtiéndose en polvo.

Ciertamente, me negaba a creer que mi madre estaba muerta, incluso podía llegar a jurar que no había desaparecido sin ninguna razón aparente, más bien parecía una huida, una fuga irremediadamente dolorosa que me recordaba a cada instante que lo único que conservaba de mis raíces se me iba de las manos. Mi vida se resbalaba y yo no podía hacer nada para solventarlo.

—Llegas tarde.

25 de agosto. No habían pasado ni tan solo 24 horas desde la apropiación de mi apartamento, la del desconocido que apareció por la ventana de mi cuarto, sin ninguna explicación, sin ningún sentido, pero con una sensación de inquietud que me revolvió las entrañas. Era extraño, intrigante: peligroso. Y estaba en todas partes, en cada rincón; podía sentir su mirada intensa la mayor parte del tiempo, acechándome, buscando algo de mí. ¿Qué pretendía encontrar?

—No entiendo por qué me dices que llego tarde si ni quiera tengo un trabajo. Me echaron hace dos semanas. Y es domingo.

No llegaba a comprender del todo su presencia en mi casa. Era irreal, casi fantasmal. Los escalofríos iban y venían, los susurros se convertían en algo insoportable, y el pecho me pesaba. Era él quien lo provocaba.

—Llegas tarde.

Parecía un robot programado para decir esa frase solamente. La llevaba escuchando por unas cuantas horas, y me llegué a cuestionar el hecho de estar comenzando a enloquecer por la falta de productividad de los últimos días. Pensaba que todo ello era producto de mi imaginación, de una mente agotada, perdida, sin una brújula que la guiara por el sendero adecuado; sin embargo, por mucho que yo lo deseara, el desconocido seguía ahí. Aterrador, confuso, dispuesto a martirizarme.

Cavilaba. Barajaba todas las opciones posibles de la razón de su existencia en mi vida. *¿Se le podía llamar existencia a eso acaso?* De nuevo, pensaba que la más coherente era el comienzo de la locura. Eché un vistazo rápido a las pastillas que estaban encima del televisor. *¿Sería por culpa de los antidepresivos?*

—No tiene caso que hable contigo, ¿verdad? Al menos podrías decirme tu nombre.

En ese momento, me miró a los ojos por primera vez. Usualmente, observaba a la nada, como si fuera un muñeco de plástico, como si fuera algo, no alguien. A su vez, podía notar cómo me analizaba cuando no lo miraba yo, pero no conseguía coincidir sus ojos con los míos, y entonces descubrí que preferiría no haberlo hecho.

Pude afirmar, al instante, que la teoría de la infinitud de la mirada era cierta. Un mar, una tempestad, un diluvio, un universo entero; oscuro, temible, hipnotizador, amenazador. Eso era. Contuve el aliento.

—Marcos.

Se quedó analizándome fijamente, con un aspecto inquisitivo, con un aura misteriosa. En comparación, yo parecía romperme en cualquier momento. Me sentía frágil e inservible, el aire no pasaba por mis pulmones y creía que iba a desvanecerme. De pronto, algo me hizo creer que en él podía encontrar familiaridad. ¿Por qué?

Después de unos minutos que se sintieron eternos, pensé que lo más justo sería decirle mi nombre también; al final del día, nos íbamos a convertir en compañeros de apartamento. *Tenía miedo.*

—Lola.

...

Como detective, no podía sentirme más frustrada, decepcionada y enrabiada. Llevaba las últimas semanas investigando, intentando averiguar algo más, la mínima pista, un mísero avance. Nada, no había nada. Quizás era un fracaso, toda yo. Y quizás esa era la razón por la cual me echaron del equipo de investigación. Al fin y al cabo, los inútiles tan solo estorban, obstaculizan el paso. Yo era ese obstáculo, me sentía obstáculo, y lo odiaba.

—Agua.

La presencia de Marcos comenzaba a amenizarme, puesto que compañía era lo que me hacía falta; de todas formas, la turbiedad se palpaba en el ambiente, en lo que decía, en sus acciones.

—Puerto.

Siempre interactuábamos de esa manera: él soltando palabras sin sentido y yo mirándolo confusa. No quería preguntar, sin embargo. Tenía miedo de lo que fuera a hacer o de lo que fuera a contestar. Nunca se quiere jugar con fuego, o con un espectro.

—No lo logro entender. Mi madre salió a las cinco y media de la mañana de Motril para emprender un viaje hacia Oviedo, tal y como decía la nota que dejó en la mesita de la entrada. —Mientras volvía a atar cabos, los que me era posible intuir, removía algunas hojas de mi escritorio y entrelazaba unas imágenes con otras—. Pero su bolso se quedó en casa, sus maletas también lo estaban. —Pausa. —Podría pensar que a lo mejor salió a por provisiones, con la idea de regresar a casa y coger su equipaje, pero decidió huir por algo. O por alguien. ¿Y si fue secuestrada? Pero las cámaras no captaron a nadie

forcejeando con ella, y por las fotos que tomé en su apartamento, tampoco hubo ninguna agresión dentro de casa.

—Mati.

La sangre se me heló. Mati era mi madre. No me extrañaba que conociera el caso, pues salió en las noticias y se colgaron carteles con su rostro y datos por todo Motril. La cuestión era que tan solo yo llamaba a mi madre Mati, no Matilde, su nombre completo. Me palpé el llavero del bolsillo trasero del pantalón y observé la fotografía que tenía colgada. Éramos mi madre y yo. Debajo de su figura ponía su nombre: Mati. Mamá me obligó a hacérmelo a conjunto con ella porque vio en Internet la idea ridícula de llevar cosas a conjunto. Pijamas, camisetas, el llavero... A lo mejor por eso lo sabía. No obstante, ¿cómo era posible que se hubiera fijado en aquello si siempre lo llevaba encima?

Marcos se encontraba detrás de mí, inquietante, como era usual. Podía sentir su respiración, pesada y para nada relajada. Incluso me golpeaba en la nuca, erizándome completa.

—Sí, Mati es mi madre.

No pude contestar otra cosa. No quería ¿enfadarlo? Todavía no podía desenvolverme con toda la confianza con el desconocido. Y más aún si hacía cosas sospechosas e inusuales. Fue entonces cuando me pregunté por primera vez si Marcos sabía algo sobre la desaparición de mi madre. Temblé.

Me giré bruscamente y lo miré a los ojos. Sentí mareo, dolor. Intenté articular alguna palabra, algún sonido. Nada. Marcos me intimidaba y me robaba toda la valentía, la energía, la fuerza. Era extraño.

Sin poder hacer nada más, caminé a paso rápido hacia la cocina, necesitaba agua o me iba a desmayar en cualquier momento. Mi cabeza parecía una máquina, las conclusiones iban y venían, las imágenes me martilleaban el cerebro y la figura de mi madre, siempre sonriente, se me aparecía de por medio, ocupando mi memoria.

—No, no puede haber huido. Mi madre estaba demasiado feliz en Motril. Me tenía aquí, me quería, es inviable que me hubiera abandonado, siempre hemos sido ella y yo contra el mundo. Íbamos a comernos el mundo.

En medio de la crisis, Marcos se alzaba como una estatua impasible, indiferente, *asesina*.

— ¿Pero quién pretendería llevársela? Eso tampoco tiene sentido. Mamá nunca me comentó nada sobre sentirse en peligro o sobre alguna presencia peligrosa cerca de ella.

—Lola. —Lo ignoré.

—No valgo, no valgo, no puedo salvar a mi madre. Quiero, quiero, pero ¿y si no lo logro? Tengo que lograrlo, me necesita, la necesito. ¿Mi madre está muerta, bajo tierra? ¿Y si no queda nada de ella? A lo mejor la han asesinado, puede que la hayan descuartizado, o torturado, o Dios sabe qué le habrá pasado.

Comencé a dar vueltas sobre mí misma, sin saber qué hacer.

—No, no. No tiene que estar muerta. Venga, piensa Lola. Piensa más fuerte. Vuelve sobre tus pasos, sobre los de Mati.

—Lola.

—Salió de Motril en dirección a Oviedo sin sus pertenencias. Las llaves las llevaba consigo. Pero no llevaba nada más. El teléfono no se ha encontrado, ni tampoco sus pendientes, que siempre los perdía. Las cámaras del alrededor no captaron nada, ni su imagen ni la de su probable asesino. No había rastro de su sangre, ni de arañazos o lo que fuera para indicar su resistencia a un supuesto secuestro. Sus zapatos estaban perfectamente ordenados en la entrada, su cama estaba hecha, las flores estaban recién regadas. ¿Qué se me escapa?

—Fracaso. Llegas tarde.

No quería llorar, no me gustaba hacerlo delante de nadie. De hecho, era algo que ya venía incluido en mí desde que era una niña. Cuando mi madre no tenía suficiente dinero para comprarme un helado mientras que los demás niños de mi clase tenían uno de tres bolas incluso, retenía las rabietas; cuando quería que mi madre me comprara la camiseta de moda que salía en todas las revistas para niñas, tenía que conformarme con recortarlas y pegarlas en la pared de mi cuarto, soñando que algún día la tendría solo para mí; cuando pretendía pasar un día bonito con mamá, al final acabábamos por tumbarnos en el césped seco del parque comiendo un paquete de pipas. No lloré nunca, no podía. Pero al escuchar las palabras de Marcos, no pude evitar soltar un sollozo, al que le siguió otro y otro más.

—Eres una fracasada.

Tan solo escuchaba pitidos que me apuñalaban las sienes, no era consciente de la realidad, puede que tampoco deseaba serlo. Con mi mano temblorosa, dejé el vaso de agua en la encimera, que resbaló y se hizo pedazos. *Fracasada. Fracasada.* No sabía por qué me ponía así si ya sabía a la perfección lo que era; sin embargo, oírlo de una voz ajena a la mía me causó molestia, desesperación, furia. Entonces, exploté.

Me giré lentamente, apretando los puños, con mi cabeza hecha un desastre y suspiré pesadamente. Marcos no era quién para decirme que era una fracasada.

— ¿Fracasada, eh? Muy bien, si te apetece jugar a este juego, juguemos. —Pateé los pedacitos del vaso de agua y le arrojé el trapo de la pila. — No necesito que nadie que no sea yo me describa. Si piensas que soy una fracasada, bien, pero te recomiendo que te guardes tus palabras y no las exteriorices. Me consideras una inútil, pero mírate a ti: eres un mísero espectro cuya única función es atormentar a una pobre joven que solamente quiere encontrar a su madre o lo que queda de ella. No tengo trabajo porque me echaron del equipo de investigación, puesto que me había vuelto una desquiciada en el caso de mamá, pero en el fondo, muy en el fondo, pienso que soy una luchadora porque todos se han rendido, menos yo, todos se han olvidado, pero yo no. Y te prometo que cuando descubra la verdad, porque lo haré, me aseguraré de aparecerme en todos tus sueños, convirtiéndolos en pesadillas, acechándote como tú lo estás haciendo conmigo. Así que sí, soy una fracasada, y sí, puede que haya llegado tarde, pero lo que no me vas a quitar son las esperanzas de poder encontrar a mi madre.

Estaba a punto de entrar en una crisis, en un ataque, o puede que ya lo estaba experimentando. Me daba igual. Me sentía todavía más arruinada, contradictoria, revolucionada. Pese a todo, continué atacando a Marcos.

—Así que, Marcos, o como sea que te llames, porque ya sospecho de ti, no sé cuál es tu objetivo, no sé qué pretendes hacer de mí. ¿Torturarme, martirizarme quizás? Bien, lo estabas logrando, pero te prometo que no lo volverás a hacer. ¿Y quieres saber por qué no lo volverás a hacer? Porque te echaré de aquí de inmediato, es más, te destruiré por completo. —Cada vez me iba acercando más al espectro, casi uniéndome su respiración con la mía. —Tus jueguitos mentales, o lo que sea que estés tramando, son absurdos. No caeré de nuevo. Me tienes harta, cansada. Ya tengo suficiente con lo mío, no me apetece preocuparme por lo que vayas a hacerme. Mátame si te atreves. ¿O no puedes porque eres un fantasma insulso enviado por el diablo? Ahí es donde perteneces, al mismísimo diablo.

El ambiente se sentía tenso, y Marcos parecía haberse sorprendido por mis palabras. Entre su expresión de indiferencia, pude apreciar un movimiento de cejas sutil que desapareció en seguida. Mentalmente, me sentía aliviada e incluso un poco orgullosa por haber podido soltar todo lo que me estaba matando por dentro. Sin embargo, por fuera, no tenía fuerza. Otra vez, la debilidad se hacía presente.

Durante unos segundos, Marcos se quedó analizándome con el ceño fruncido. Sus ojos recorrían los míos como si la vida le fuera en ello. Parecía un lunático, a punto de cometer alguna insensatez. Pero entonces, contra todo pronóstico, comenzó a esbozar una especie de mueca que pude interpretar como una sonrisa rota. Y se rio. Me cogió de los hombros y volvió a reírse, esta vez un poco más fuerte. Finalmente, acabó por carcajearse. ¿La locura podía contagiarse?

Cuando, en medio de mi confusión, pretendía comentar algo sobre la situación, que ya me sobrepasaba, Marcos me adelantó y me habló de una manera tan natural que me puso los pelos de punta. Hasta entonces no se había dignado a mantener una conversación lógica conmigo, era ridículo. Desde fuera todo parecía una comedia de mal gusto.

— ¿Crees que soy un fantasma que viene a atormentarte porque sí? ¿Que viene a arruinarte? Ni siquiera tengo que intentarlo, mírate. —Me encogí de hombros. — Tampoco te esfuerzas por entender mis señales, estás tan obsesionada con lo de tu madre que ignoras todo lo que hay a tu alrededor. ¿No has pensado que fuera de esas imágenes, fuera de esas conclusiones, puede haber algo más?

Temblaba. Tenía frío. No sabía qué responder a ello. Me sentía una niña pequeña en un mundo de adultos. No quería demostrarlo, pero este juego me quedaba grande: el mundo me comía a mí.

—Eres ridículo. Tus señales... ¿de qué señales me hablas? ¿De las palabras sueltas y sin sentido que me decías a cada momento? ¿Y cómo es posible que tú sepas algo de todo esto? ¿Conocías a mi madre? Y si es así, ¿por qué quieres que descubra lo que sucedió? ¿Por qué no puedes hablar claro de una vez?

La cabeza me daba vueltas, mis manos no se mantenían firmes y solamente se me cruzó por la mente la idea de tumbarme en la cama de mi habitación y dormirme, dormirme hasta despertarme en mi pasado, cuando mi madre me arropaba por las noches

y me destapaba por las mañanas, con el desayuno servido y el televisor medio roto pero en funcionamiento, con la tostadora casi chamuscada y la alfombra hecha por ella.

Ante mi última pregunta, Marcos esbozó media sonrisa y ladeó ligeramente la cabeza, respondiéndome a la vez.

—Porque, Lola, así es más divertido. Ver tu desesperación, tu frustración, tu rabia. Todo eso sin darte cuenta de que la verdad siempre ha estado delante de tus ojos.

Sin nada más que añadir, traté de reunir las pocas energías que me quedaban y le hablé seriamente.

—Dime todo lo que sabes. Sin juegos, ni señales. Necesito saber qué le pasó a mi madre.

—Entonces, sígueme. Yo también me estoy cansando de los juegos.

Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta de mi casa y yo, intentando salir de mi ensimismamiento, traté de alcanzar su ritmo. Marcos caminaba con firmeza, sabiendo exactamente hacia dónde nos iba a llevar. Parecía que lo tenía todo pensado y calculado, que, desde el primer momento en que apareció, planeaba llevarme hasta ahí.

Era de noche, corría una brisa espeluznante y no había ni un alma deambulando por la triste Motril. Después de unos minutos, pensé que Marcos estaba jugando de nuevo conmigo, puesto que nos habíamos detenido en el puerto. Recordé fugazmente que una de las palabras que solía decirme era esa.

Se paró en seco y se giró bruscamente hacia mí. En el momento en el que comenzó a hablar de mi madre, supe que algo iba mal, si es que no lo fue desde ese domingo. Probablemente, también llegaba tarde a eso.

—Tu madre amaba ver los barcos ir y venir, con sus robustas apariencias y sus luces y sonidos. De la misma manera, le encantaba el mar. Siempre que podía, bajaba para verlo y se sentaba por horas y horas ahí, unas veces pintando, otras escuchando música o leyendo. —Pausa. —Salía cada día a las nueve y media de la mañana a comprar el pan, luego le daba de comer a los gatos de su barrio y volvía a casa para luego salir de nuevo a correr por la zona. Antes de regresar, compraba un té verde en la cafetería de la esquina y se lavaba la cara en la fuentecilla del parque debajo de su casa, que está a 18 minutos de distancia del puerto, el tiempo suficiente para que le pasara algo. O para que pasara alguien.

Me asusté. Y esa vez el miedo fue más real que nunca. Poco a poco, iba tomando consciencia de la verdad. La verdad que estaba ante mis ojos.

Marcos, al ver que no reaccionaba, comenzó a caminar hacia mí. Yo, con el corazón en un puño, daba pequeños pasos hacia atrás, sin darme cuenta de que estaba acercándome al borde de la tablilla del puerto.

—Mati era una mujer bella, además de buena persona a pesar de no tener tanto para dar. Lo poco que tenía lo entregaba. —Mientras lo decía, seguía acercándose a mí y yo, por mi parte, intentando alejarme del lunático que ya no parecía tan fantasmal—. Le daba el suelto que traía encima al moribundo de la puerta de su casa, que la molestaba cada día, curaba a los gatos que dejaban abandonados por su calle y luego los llevaba a la protectora, les hablaba a las flores porque, según ella, así crecerían más rápido y más bonitas, y de hecho así ocurría. Lo sabes, ¿no Lola? Yo también lo sé, lo sé porque la conocía.

No podía decir nada porque, en realidad, yo no lo sabía, lo que lo hacía más bizarro. No sabía con exactitud las cosas que hacía o decía mi madre, no era yo alguien que conociera en detalle su vida. Mamá y yo quedábamos por las tardes para tomar un café y poder ponernos al día; sin embargo, nunca sabía por dónde andaba o lo que planeaba hacer por las mañanas o noches, solamente lo sabría un acosador. Las conclusiones volaban.

—Pero tu madre nunca fue una mujer que buscara el amor, nunca, ni aunque le ofrecieran cien rosas o una mejora en la calidad de su miserable vida. —Para ese punto, los talones de mis pies no tocaban suelo. Ahora sí que estaba arruinada. Había llegado tarde. —Matilde nunca supo apreciar lo que le ofrecían. —Se acercó a mi rostro, haciendo amago de acariciarme la cara. —No supo apreciarme a mí. —Sonrió macabramente, y yo sentí que *me moría*. — ¿Quieres saber dónde se encuentra tu madre? Con mucho gusto te diré dónde.

—Tú-

—Te olvidaste de cerrar la ventana, Lola. Bueno, eso ya no importa ahora que estás muerta.

Caí hacia el vacío y me hundí en el agua, siendo esa, irónicamente, la primera vez que pude respirar. Y lo recordé todo de ese día domingo, 25 de agosto. Con dificultad, vi, o recordé, cómo Marcos jugaba con unas llaves familiares, las llaves de mi madre, como

si fuera una especie de premio cuyo ganador era él. Seguidamente, pude apreciar cómo se lanzaba al agua y lo demás se oscureció. Comprendí que, después de todo, nunca debí de haberme preocupado por sobrevivir cada día o de tomar mis pastillas porque lo estaba, estaba muerta y mi madre también. Me sentí abrazada por ella, y entonces el agua se convirtió en hogar.

...

—*Informativos de última hora, buenas noches. Nos acaban de anunciar que se acaban de encontrar los cuerpos de Matilde Juan Heredia, de 55 años, Lola Juan Heredia, de 31, y su asesino, Marcos González Parrado, de 39 años. El cómplice de este último, Pedro Mendoza Rivales, quien era a su vez el indigente que acechaba la morada de Matilde, ha confesado el delito realizado por el señor González Parrado, uno de los investigadores más reconocidos en Motril y perteneciente al mismo equipo de investigación que la hija de Matilde, la señorita Lola Juan Heredia. Andrea García, detalla esta situación.*

—*Sí, efectivamente Amanda, se acaban de encontrar en el puerto de Motril estos tres cuerpos que llevaban cuatro meses, en el caso de Matilde, y un mes, en el caso de Lola y Marcos, en las profundidades del mar. Matilde murió el 16 de mayo mientras que Lola y Marcos, el 25 de agosto, y todo por una historia de amor macabra que nos ha relatado el cómplice del asesino, Pedro Mendoza Rivales. Según cuenta, el señor Marcos González Parrado tenía una obsesión tóxica con Matilde Juan Heredia, quien lo rechazaba cada vez, y acabó por asesinarla por falta de correspondencia. Ante esto, coaccionó al indigente, que fue testigo de todo ello, y le prometió una gran suma de dinero si se encargaba de encubrirlo y de dejar todo el escenario de su casa en perfectas condiciones. Después de esto, fallecido ya su amor, decidió acosar a la hija, Lola Juan Heredia, y por no soportar su parecido, decidió entrar por la ventana que había dejado abierta esta misma en su apartamento y la noqueó. Luego, la lanzó en el mismo lugar donde se encontraba el cadáver de su madre y al parecer se tiró después de ella por, intuye Pedro Mendoza Rivales, culpabilidad y arrepentimiento. Les mantendremos informados sobre los cargos del cómplice de asesinato. Que Dios tenga en su gloria a Matilde y Lola Juan Heredia.*